

**Universidad de Chile**  
**Facultad de Filosofía y Humanidades**  
**Departamento de Filosofía**  
Informe de Seminario de Grado

**El cuerpo y su vital quehacer**  
El pensamiento estético de Friedrich Nietzsche y Luis Oyarzún

Alumna: Mónica Luarte Villagrán  
[monicaluarte@hotmail.com](mailto:monicaluarte@hotmail.com)  
Profesor Patrocinante: Cristóbal Holzapfel

## Indice

I. Introducción.....	3
II. Estética de Luis Oyarzún.....	4
<i>Percepción como condición de ser.....</i>	<i>6</i>
<i>El arte de ver.....</i>	<i>9</i>
III. Estética de Nietzsche.....	14
IV. El cuerpo.....	19
<i>De los despreciadores del cuerpo.....</i>	<i>20</i>
<i>Mudanzas del Tiempo.....</i>	<i>22</i>
V. Notas.....	24
VI. Bibliografía.....	26
VII. Bibliografía Complementaria.....	27

## **Introducción**

El siguiente trabajo es resultado del estudio de dos autores cuyas diferencias provocan alejarnos del ensortijado asunto de convocarlos a un lugar común. Sin embargo precisamente por esta lejanía es que sentimos la necesidad de mostrar aquello que, a nuestro parecer, podemos tomar por el mismo punto de partida.

Los pensadores que nos inquietan son Luis Oyarzún y Friedrich Nietzsche, ambos escritores asistemáticos en cuya obra es imperativo extasiarse con su conmovedora y aguda pluma a fin de no perder su belleza y verdad; en sus escritos nos encontraremos con un uso delicado de la lengua propia, que sin embargo, nos enrostra descarnadamente, atravesándonos con su rotunda verdad, nuestro lugar en el mundo.

En las páginas consecutivas veremos, primeramente la exposición individual de el sitio que la estética ocupa en la obra de nuestros autores, preámbulo necesario para que posteriormente podamos ver con claridad cual es precisamente el lugar común de nuestros pensadores. Aquí entregamos las nociones claves para entender la tercera parte del presente trabajo que menta acerca del cuerpo. El presente informe se titula “El cuerpo como hacedor de vida” Este nombre quiere aunar, precisamente aquello que une a Oyarzún y Nietzsche, esto es, ver nuestro cuerpo ante todo como aquello que procura vida, desde donde nace lo que nos circunda, y no sólo eso sino que nuestra existencia esta en juego desde que lo que nos conmueve a vivir es este cuerpo que domina nuestro espíritu y nuestros sentidos.

## Estética de Luis Oyarzún

### Ver en la obra de Luis Oyarzún

Ver. Nos encontramos con este asunto recurrentemente en cada obra de Luis Oyarzún, ya sea en forma directa, enunciándolo, o sólo casualmente. De una u otra manera es inevitable su aparición en sus escritos. Y es que este acto deja una marca indeleble en la vida y, junto con ello, en la obra de Luis Oyarzún. Su particular significado en la obra de nuestro autor es lo que buscamos a fin de mostrar claramente que es lo que afirmamos cuando decimos que tanto su obra como su pensamiento nacen de una postura estética frente al mundo y a sí mismo.

En sus escritos tempranos ya podemos vislumbrar lo que sería el quehacer de la vida de Luis Oyarzún, esto es, la incansable búsqueda de sí mismo en el mundo, búsqueda que se traduce en mostrar el acto de percibir como hacedor de vida. En el cuento inédito “Un poeta romántico”, del año 1937, a la edad de 17 años, señala “(...) los hombres –¿quién los conoce? Animalejos extraños sin duda– tienen el espíritu encerrado entre la cruz de sus ojos y el velero de su sombra”(1). Aparecen las primeras luces de lo que sería la búsqueda de su vida: la pregunta por el hombre, la pregunta por sí mismo; señala el espíritu sujeto a lo que podemos ver y sentir, sin embargo aquello que vemos, el mundo que se nos presenta es a su vez creado por nosotros: “¿No es mi vida la misma que más allá de mí crea esa rosa y la marchita, la misma que reúne y dispersa los pájaros, la que silva entre los árboles, la que pone las hojas y las pisotea en el otoño?”(2) Mi visión crea la naturaleza que nos circunda en tanto la ve, en tanto la sostiene con su mirar.

“¿No puedes ver una cosa cualquiera hasta el extremo? O estar abandonado, tendido en la cubierta bajo las nubes nocturnas, ser llevado hasta que los ojos se abran con la gratitud de una rosa que supiera quién le dio su perfume.”(3) El acto creador regresa a nosotros a modo de asombro, porque es este acto de creación de mundo el que es, a su vez, el acto de crearnos a nosotros mismos, en este vaivén vemos nuestra posición en el mundo aquel que esta en nuestras manos y en el que se nos juega la existencia, ya que este acto de crear se nos muestra como nuestra esencia, nos vemos primeramente como entes creadores, hacedores de mundo, por lo que en el despliegue de nuestro quehacer artístico se nos va el ser, justamente en el acto de crear pende nuestra existencia y es aquí donde nos jugamos la vida.

## **Percepción como condición de ser.**

Percibir es una expresión compuesta de origen latino, sus partes son, en primer lugar, la preposición per, esto es: por, a través de, y del verbo capere, que traducimos por coger, tomar, asir, captar, apropiarse. Per-capere es captar a través de; percibir lo entendemos como captar (el mundo) a través de (los sentidos), esto es, apropiarse por medio de los sentidos. Mi cuerpo, en su facultad de sentir, me ofrece el mundo, y en este acto salgo a su encuentro, me identifico con él, lo tomo haciéndolo propio. Percepción es este encuentro del hombre y el mundo, en donde el encuentro es, por una parte, de lo real ofrecido a nuestros sentidos y, por otra, del hombre que se arroja a la búsqueda de sí en la identificación con lo extraño que se le presenta.

¿Qué es aquello que determina nuestra posibilidad de percibir? “(...)el mundo que me rodea (...)es consecuencia de mis sentidos y que, cuando estos hayan muerto, las cosas que ahora veo dejarán de existir para mis ojos o, al menos podré encontrarlas más tarde bajo luces diversas, lejos de lo que yo amaba en ellas” (4) Somos, dirá Oyarzún, el ser humano, la unidad de cuerpo y espíritu unidad que danza el ritmo del tiempo y juega en la vida persistiendo en ser y crecer en el universo que se nos muestra: lo que soy sólo se diluye con mi muerte.

Nos relacionamos con el mundo gracias a que nuestro cuerpo, en su facultad sensitiva, nos lo enseña y nosotros, como unidad cuerpo-espíritu, nos identificamos con el regalo de nuestros sentidos. Nuestra posibilidad de percibir está determinada precisamente por esta capacidad de identificarnos con lo que nos circunda: percibir lo que yace ante la vista, esto es, hacer propio el signo de lo real entregado por los sentidos requiere, exige del perceptor su identificación con el mundo, reconocerse en aquello que ve y nos reconocemos precisamente porque somos nosotros los artífices de aquello que vemos y en alguna medida

me contemplo a mi mismo cuando contemplo a mi alrededor; percibo sólo aquello que, en alguna medida soy: “Desde lo desconocido hasta lo ignoto o lo incognoscible es lo que escapa a las redes de nuestra percepción, y justamente se nos va aquello que no somos en modo alguno, lo que no podríamos de ninguna manera llegar a ser, por estar al margen de nuestro ser real y hasta de nuestro ser posible, en el caso de que no nos asignemos posibilidades mayores de crecimiento perceptivo.” (5) Lo que conozco y puedo llegar a conocer depende de mi ser más íntimo y su hermandad con el ser del mundo. La búsqueda del hombre es, precisamente, su unidad con el mundo.

Oyarzún establece que la percepción es cuna de todo conocimiento, se sostiene en el encuentro del hombre y del mundo, este encuentro se da gracias a nuestra sensibilidad y el arrojo de nuestro ser que busca la unidad con el mundo en la identificación con lo otro que es el misterio de la presencia. “Sólo la adivinación podría descubrir el enlace, la semejanza, las bodas de lo uno con lo otro” (6) La percepción de lo otro, que es todo aquello distinto de mí nace del encuentro –dado en la identificación del hombre y su reconocimiento en el mundo– que se nos revela como el misterio insondable de la presencia. Entendemos, entonces, que la posibilidad de ver la diferencia de lo otro está dada por nuestro ser más íntimo que rige el acto de entrega y encuentro, de lo real con nosotros mismos. Esta ocasión es, a una, seducción y apropiación; por una parte hacemos propio el mundo entregado y por otra él nos seduce, nos llama, nos cautiva.

El encuentro se produce en la sibilina presencia, momento en el que se sostiene la identificación con la extrañeza del mundo. El peso de la identificación es el reconocimiento de sí en lo otro, acto que entendemos por percepción o, en palabras de Oyarzún, simplemente *ver*. “Vemos, es decir surge ante nosotros algo como presencia, algo que no estaba allí y que de pronto se constituye como testimonio de existencia, al mismo tiempo

nuestra, en cuanto nosotros sentimos, y ajena, en cuanto la sentimos” (7) Desde aquí desprendemos que percibimos sólo aquello que, de uno u otro modo, ya somos, y, a su vez, nuestro ser depende de lo que podemos ver. “El acto de ver es, al fin y al cabo, la forma primera y primordial de la existencia humana. Sólo somos en cuanto algo distinto y distante aparece frente a nuestra mirada como siendo a una con nosotros. (...) el acto humano de existir, que es acto de conciencia inmanente, es a la par y sin posible simplificación, un acto de conciencia trascendente: acto de ver que otra cosa más, que otras cosas más, existen con nosotros, es decir, que no agotamos el ser y, al contrario, este nos rebasa por todas partes. Todos los humanos, vemos, pues en mayor o menor medida, y solo en cuanto vemos somos nosotros mismos” (8) Se nos presenta la unidad en la diferencia como sostenedora de la existencia, el ser humano es en tanto ve.

Se nos va lo que no somos y lo que no podríamos, en modo alguno, llegar a ser. Este es el límite, Oyarzún siente la exigencia del mundo de ser descubierto, se exige –y nos exige– este crecimiento perceptivo para poder atender su llamado que nos invita a recorrerlo y descubrirlo, atendiendo los más finos matices de su ser y, a una, develar nuestros más ocultos secretos.



## **El arte de ver. (darse cuenta de la búsqueda y maravillarse con el misterio de lo Uno).**

Si hemos de nombrar una tarea fundamental e ineludible –por su carácter destinal– en la vida del ser humano ésta sería, sin duda, la búsqueda de sí dentro y fuera del hombre. La mirada vagabunda que responde al llamado del mundo, cristaliza en algunos congéneres de modo preclaro en absoluta apercepción de la vocación que lo invita a atravesar lo que nos circunda hasta develar sus más cuidados secretos, anegando cada recoveco de su ser. Lo que nos interesa no es la extensión ni la intensidad de este ver sino la cualidad de su mirar, queremos saber que es aquello que lo distingue en esta tarea común a todos. De modo general distinguimos la diferencia entre estos insignes contempladores y el resto de los mortales pues nosotros limitamos nuestra experiencia y percepción del mundo sirviendo a los fines de la vida práctica, según sean nuestras necesidades cotidianas.

Sin embargo hemos tenido el buen hado de reconocer la existencia de hombres y mujeres excepcionales, en ellos la mirada se alza por sobre estos límites, se hace libre y liberadora de sí y de aquello que contempla, bajo su luz escrutadora las cosas cantan sus secretos y develan sus misterios. En este ver profundo la contemplación se realiza en tanto reveladora del mundo y de sí misma. “El mundo que veía –dice Jorge Millas acerca de Luis Oyarzún– y liberaba su mirada no era sólo un espectáculo, es decir una piel de colores y formas, sino la trasfiguración de una realidad que lo convocaba, el misterio del ser que desde su trascendencia lo subyugaba como el abismo.” (9)

Los insignes contempladores a los que nos referimos padecen el ver como pasión de ser, llamando con la mirada a las cosas invitándolas a ser ellas mismas, enalteciéndolas por sobre ellos y, en esta vocación, anulan su conciencia que desaparece en la unión con lo otro, y sin embargo salvan su ser. Soy en el encuentro con lo otro, su existencia me revela la propia, pero siendo esta distintas de mi me muestra mis límites; ante esto la fuerza de mi

ansiedad de ser supera este límite que es la existencia de lo otro, siendo en su ser, el ser del mundo.

Llamamos arte de ver a un ver más auténtico que atraviesa lo real ofrecido a la fiesta de los sentidos pudiendo captar a través de ello el misterio envolvente del ser que nos rebasa por doquier, del que surge toda presencia, en el cual se sostienen nuestras vidas. Toda presencia manifiesta el misterio del ser: el ver auténtico es admiración del misterioso ser de la presencia. Ver que contempla extasiado el misterio en virtud de la claridad de su mirada descubridora y amante. Ver que al encontrarse en cada caso distante y distinto de él mismo, se encuentra sin embargo así mismo siendo revelación de aquello.

El ver auténtico se personifica en Luis Oyarzún, reclamamos como nuestro el derecho de adjudicar este nombre a su modo de vivir que vemos reflejada en su hermosa y personalísima obra. Desgraciadamente en ella sólo apreciamos la punta de la montaña de hielo sumergida en el mar, los privilegiados que nadaron en sus aguas nos regalan el testimonio de su experiencia con este hombre-amante, nos conmueven con su relato y de alguna manera comprendemos la irremediable pérdida de su existencia. Oyarzún dedica su vida a hurgar el mundo, atraído por su invitación a aguzar la mirada convirtiéndola en un auténtico ver. Este no es un mero observar; se trata de un ver más completo, profundo no sólo un minucioso registro de lo que acontece y sus particularidades propias. Este ver atiende al llamado del mundo y lo obliga a revelarse en su ser más propio. El vidente aventurero acepta la invitación del mundo, quien se entrega cual amada a su cariñoso amante, y su mirada es la amorosa caricia ante la cual se entrega toda, desnuda en su verdad. Su vida es un ejemplo de aquellos espíritus avizores a los que aludimos en este apartado.

Por otra parte, Oyarzún mismo nos enseña en su obra almas gemelas a la suya, como serían, entre otros, Leonardo da Vinci y Gabriela Mistral. En ellos ve reflejada la incansable búsqueda de sí en el recorrido de la mirada interrogante que vaga por el mundo sin linde, pues todo le atañe, todo le llega, nada le es ajeno. Los presenta como espíritus universales cuyo destino es la identificación que va más allá del simple encuentro con el mundo, pues no conforme con esto se hace uno con él gracias al amor evocado. La curiosidad de estos espíritus es insaciable, la interrogación no se agota pues cada vez que da un paso adelante y resuelve que nunca se haya la respuesta final sino, por el contrario, queda abierta la interrogante dándose como perenne la búsqueda que interroga y espera saber sobre el universo y la naturaleza humana.

Tomando el ejemplo de Leonardo da Vinci subraya, Oyarzún, su universalismo pues no se conforma con adquirir nuevos conocimientos o poder crear nuevas formas, sino que su preocupación principal es el método de conocer o crear, esto es, la actitud o procedimiento primeros, lo que subyace en cada acto humano, que una vez ante la vista lo llevarán a la verdadera realización del ser humano, pues nos hará conocedores de los primeros impulsos que mueven nuestra naturaleza para así acercarnos a la verdad de nuestro ser y el alcance de nuestro poder, esclareciendo nuestros límites y probándonos para conocerse como tal. No hay censura ni pecado en su búsqueda, las normas desaparecen pues desea la recompensa de encontrar a un hombre diferente de lo que actualmente conocemos, busca un ser humano más cercano aun a su verdad, que lleve a flor de piel su esencia, que se nos muestre más semejante a su naturaleza, a su verdadero ser, para Leonardo aun desconocido.

En su búsqueda no hay un camino más acertado que otro, ya sea la ciencia o el arte, cualquiera que tome es un acercamiento a una parte del todo, pues comprende –siendo él

mismo ejemplo viviente— que en el hombre no hay divisiones ni asuntos particulares, sino diversas manifestaciones de un todo. “Disectar un cuerpo o pintarlo son dos fases – igualmente significativas— de un mismo acto de conocimiento y amor por lo real.” (10) Leonardo se pregunta por el hombre y en su cuerpo ve un mensajero, imagen de su alma y de sus intenciones, revelador de su esencia oculta. Para Leonardo la comunidad de cuerpo y espíritu está ante la vista, siendo un cuerpo en el universo es hermano con todo otro cuerpo celeste y depende, como ellos, de la inteligencia ordenadora que rige según principios universales, siendo una parte que nos muestra al todo que es el universo; a través de este prisma Leonardo piensa el cuerpo como sagrado y revelador de secretos, de aquí nace la angustiosa tarea del recorrer con la mirada las imágenes corporales tanto del hombre como de la naturaleza, reveladoras del todo que se manifiesta en la parte.

En ‘Gabriela Mistral, espíritu de América’ Oyarzún nos muestra cómo en la figura de La Mistral encuentra un alma hermana. Nuevamente obra y vida se confunden y su quehacer nos revela la verdad de su alma, que contempla el todo en la parte, criándose en una tierra apartada, teniendo a mano una exigua cantidad de libros, pudo acercarse hasta ver con claridad al hombre y al mundo. Al recorrerlo y compartir con sus contemporáneos, no le fue ajena ninguna de sus obras reconociéndolo en lo vislumbrado anteriormente en sus lecturas.

La profundidad de su mirada es un don –dice Oyarzún– de captación de lo oculto a través de las cosas sensibles. Se reitera la búsqueda del espíritu en lo corpóreo, su mirada muestra el interior de las cosas próximas, señala la intimidad de la experiencia cotidiana. Su ver posee la agudeza, antes vista en Leonardo, que se encamina a las entrañas de las cosas pasando por su corporeidad para luego descubrir su verdad.

Su espíritu actúa por intuiciones que la llevan a animar la realidad, este es su método para comprenderla. Es una pensadora natural, que cuyo espíritu vive espontáneamente, de modo asistemático, padeciendo la existencia propia y del mundo. Su ver se distingue, no por atravesar la materia, sino que lo hace por atravesar el ser del hombre por medio de la humanización de lo físico. “El hombre aparece espiritualmente vinculado a la materialidad de las cosas y la vida misma es cantada como un juego de intercambios entre el alma y el mundo”(11).

Atraviesa el mundo físico en busca de su propio espíritu que la une al universo completo, ebria en lo Uno.

## Estética de Nietzsche

*“No contrapongo ‘apariencia’ a ‘realidad’,  
sino que al contrario tomo la apariencia como la realidad  
que se opone a la metamorfosis en un ‘mundo de la verdad’ imaginario” (4)*

En la obra de Nietzsche encontramos que hablar de estética no es restrictivo de la Filosofía del Arte, en esta palabra se nos aparece el mundo o “la realidad”, ya que la actividad de lo existente es para el filósofo una actividad estética. Esto es, la estética no se circunscribe a una ciencia sobre el arte, sino que en un sentido anterior es un discurso sobre la naturaleza misma. Podemos entender que esto sea así ya que la naturaleza no se opone al artificio, ella misma es de carácter artístico.

De ordinario no planteamos todo acto humano como arte, ya que también puede obrar moralmente, conocer, etc. Nietzsche distingue estos diversos campos de acción, pero a su vez reconoce en cada uno de ellos un acto estético, ya que todos se reducen a un proceso de creación, aunque todos se relacionen de modo distinto con la propia creación. Se plantea que la naturaleza de las cosas es estética, esto es, lo esencial de la realidad es su forma de hacer, y esta forma, dice Nietzsche, es de carácter estético. Si bien en el pensamiento nietzscheano podemos reconocer diversas etapas, una continuidad que se extiende es la permanencia de la idea de que el mundo es arte.

Recordemos que para Nietzsche la naturaleza última del mundo no es tener una estructura ordenada, el mundo es caos, sin leyes, ni razón, ni propósitos, este mundo, sin causas, sin fines está caracterizado por su actividad artística, la eterna producción de apariencias “mi mundo dionisiaco de la eterna autocreación, de la eterna autodestrucción”

La realidad consiste en un proceso artístico. El mundo es voluntad y fenómeno, y la relación de ambos es de naturaleza estética, la voluntad es concebida como una realidad embriagada que sin cesar se descarga en imágenes; esta es la actividad estética: la embriaguez que a partir de sí proyecta la apariencia, la voluntad que busca la representación y termina por disolverse en apariencia; el resultado es la obra de arte.

La voluntad busca la intuición, la imagen, la forma, pues ella misma no es ni imagen, ni forma, ni armonía, sino que, es caos, lo informe, lo contradictorio, lo sufriente, lo ilimitado. La apariencia es la forma, la luz, lo placentero, lo bello, lo que tiene medida y límite. Esta metamorfosis de la voluntad en su contrario es el proceso en que consiste la creación, aquí cabe lugar a la intuición de sí misma, se contempla como fenómeno, como obra de arte. Esta visión de mundo nos lo muestra como producto de la actividad estética del ser, el mundo sería una obra de arte, y nosotros mismos seríamos también producto de esa actividad estética.

El mundo y su actividad tienen su significado en sí mismos, son autónomos y no dependen de ningún otro ámbito, como la moral o el conocimiento; si la actividad del mundo es estética, sólo como fenómeno estético puede ser justificado. Nada precede a esta actividad artística y si toda forma o imagen es su producto, entonces no hay forma que preexista a este proceso de creación y la creación misma no tiene modelo alguno, siendo la forma la transformación misma de lo caótico, derivado estético perteneciente al reino de la apariencia; su origen es lo informe, la forma es el producto mismo de la creación, de la voluntad de apariencia.

Esta idea de creación proviene de su visión dionisiaca de mundo que afirma que el fundamento del mundo es irracional. Desde el platonismo y el cristianismo el ser verdadero es la forma, la idea: ellos son los modelos a partir de los cuales el mundo es creado. En la

filosofía nietzscheana la actividad del dios-artista es sólo excitación que en su sobreabundancia crea formas, aquí la realidad racional es falsa; ella es, también, apariencia del uno primordial o voluntad, de lo verdadero que es al mismo tiempo lo horrible. El pensamiento nietzscheano subordina las funciones del intelecto a las de la voluntad y declara la primacía de la voluntad sobre el intelecto, niega el racionalismo como interpretación del hombre; invierte la filosofía platónica para poder exponer el orden adecuado del proceso de creación, el que se tornaba imposible al pensarlo desde lo racional como base del mundo y del hombre, en donde la acción debía ser algo consciente que tomaba como modelo una forma preexistente. Este pensamiento impide la actividad artística al poner la idea en su base, ya que enseña una relación contraria del proceso de creación.

El mundo es arte, desde esta concepción metafísica y desde la teoría de la voluntad de poder de sus escritos posteriores. De esta última haremos mención a continuación para ver la dimensión de la idea de la actividad de mundo como arte. En los últimos escritos de Nietzsche la realidad aparece descrita como ‘voluntad de poder’ (12) “sabemos que la voluntad de poder es esencialmente un crear y un destruir. Decir que el proceso fundamental de lo que es es ‘arte’ es decir que es voluntad de poder” (13) en palabras de Nietzsche voluntad de poder es “un ansia insaciable de mostrar la fuerza; o empleo, ejercicio de la fuerza como instinto creador” (14), es “caos, el primer fundamento de lo informe – no es materia, sino fuerza que subyace al cosmos, que precede a las formas y las hace posibles” (15)

La fuerza artística se llama voluntad de poder, la meditación sobre el arte es la consideración de la fuerza que se manifiesta, que aparece e interpreta. El mundo en tanto que voluntad y apariencia es una pluralidad de fuerzas o voluntades cuya tendencia es



también la representación, la apariencia. Estas manifestaciones de fuerza son pensadas como interpretaciones, la relación de ellas produce diversas interpretaciones o perspectivas en el mundo. Este pensar de la voluntad de poder, creadora de mundo, nos muestra las fuerzas artísticas con un carácter fisiológico más inmediato que la anterior concepción de la voluntad única, más abstracta. Es el cuerpo cuya excitación tiene el poder de crear: “cuerpo soy yo íntegramente, y ninguna otra cosa; y el alma es sólo una palabra para designar algo en el cuerpo”(16). Son las pulsiones de nuestro propio cuerpo las que interpretan el mundo. La creación artística se entiende como interpretación, esto es, la exteriorización de los afectos como voluntad de poder, en ella –la exteriorización de la fuerza, la proyección de apariencias– se produce la forma, el sentido y fuera de ella no hay ni forma ni sentido, el mundo no tiene ningún sentido detrás de sí “En verdad, los hombres se han dado a sí mismos todo su bien y todo su mal. En verdad, no los tomaron de otra parte, no los encontraron, estos no cayeron sobre ellos como una voz del cielo. Para conservarse, el hombre empezó implantando valores en las cosas, -¡él fue el primero en crear un sentido a las cosas, un sentido humano! Por ello se llama ‘hombre’, es decir: el que realiza valoraciones. Valorar es crear (...)” (17).

El sentido no lo podemos ver aisladamente a la voluntad de poder, sólo en la producción de apariencias es posible observar la forma, el sentido y valor, ya que ellos son producto de la actividad artística.

El hombre se da a sí mismo el mundo, lo crea, lo ordena y se sumerge en la apariencia tomando por verdad aquello que él mismo se ha otorgado: el mundo o realidad es nuestra criatura y su existencia depende de nuestra presencia como entes creadores en tanto que otorgamos sentido y forma a la naturaleza , nosotros mismos estamos ligados profundamente a este proceso en tanto que somos en la medida que hacemos. Sin embargo,

cotidianamente, permanecemos en la apariencia y elegimos el orden al caos que se nos revela en la árida genealogía nietzscheana. Este es el gran engaño, la gran mentira que sostiene la existencia humana.

## El Cuerpo

En el siguiente apartado mostramos desde dos escritos, escogidos por su elocuencia, la importancia que le brindan nuestros dos autores al cuerpo con relación a la vida del hombre, entendiendo esta vida como creación del ser humano, el que a su vez es creador de sí mismo. Para ambos filósofos el cuerpo es el motor de todo acto creativo, la conmoción corporal nos impulsa, o más bien nos obliga a reflexionar acerca de nuestras pasiones, mueve nuestros espíritus, en palabras de Nietzsche por esto el hombre enfrentado al sufrimiento y al placer *debe pensar* en el alivio del primero y la prolongación del segundo. Ambos autores concuerdan: el cuerpo es todo lo que soy, si bien conceden en aceptar la presencia del espíritu, este último es visto subordinado al cuerpo, nutrido por él, y aquello que puedo llamar *yo* sólo es en tanto que mi cuerpo lo crea.

Como hemos podido vislumbrar hasta el momento, nos encontramos frente a dos pensadores que ven el mundo desde el prisma de la estética y que develan el cuerpo como hacedor de mundo y vida, no sólo por ponernos en contacto con la naturaleza sino que, extremando el quehacer artístico del ser humano, es visto como el creador de aquello que él mismo es y del mundo que habita.

Presentamos a continuación la reflexión desde la lectura de un extracto del texto “Mudanzas del Tiempo” de Luis Oyarzún y el discurso de Zaratustra “De los despreciadores del cuerpo”, los que a nuestro juicio nos encaminan a adentrarnos en el asunto que nos inquieta, esto es, ver el cuerpo como hacedor de mundo y vida.

## De los despreciadores del cuerpo

*“A los despreciadores del cuerpo(...)*

*No deben aprender ni enseñar otra doctrinas  
sino tan sólo decir adiós a su propio cuerpo” (18)*

Y así, de este modo, despidiendo al cuerpo sólo resta callar. ¿Qué asunto seremos capaces de ver sin nuestro cuerpo? ¿Qué palabra podremos nombrar?

El es , dice Nietzsche, “una gran razón, una pluralidad dotada de un único sentido, una guerra y una paz, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor” (19) en donde la razón, aquello que llamamos “espíritu”, sería tan sólo un instrumento del él; lo que nos conmueve, lo que nos llama a crear al mundo y a nosotros mismos es el cuerpo justamente, y no ese “yo” como solemos nombrar a lo que pensamos nos conforma –nuestro cuerpo y espíritu– sino lo que forma ese yo, nuestro cuerpo y su gran razón, el *hacedor de yo*.

Enmudecer es el destino de los despreciadores del cuerpo, ya en la elección de despreciar está la de quedarse sin habla; ante el descubrimiento nietzscheano de que es el cuerpo –sí-mismo– el que subyace al sentido y al espíritu, esto es, tras la percepción del sentido y conocer del cuerpo se encuentra al sí-mismo, que “busca con los ojos de los sentidos , escucha con los oídos del espíritu”. (20)

Sumido en el desasosiego de la búsqueda constante, atento siempre, el si-mismo domina y es el dominador del yo. El dominador, el *soberano poderoso* de nuestros pensamientos y sentimientos “llamase sí-mismo. En tu cuerpo habita, es tu cuerpo” (21)

El placer y el dolor son mandatos del cuerpo, que conmueven al yo haciéndolo reflexionar acerca de su sentir, obligándose a pensar acerca de sus pasiones, el cuerpo creó para sí el espíritu “como una mano de su voluntad” (22) y se sirve de él.

En cada acto humano se yergue la voluntad, servidora del cuerpo; y en el caso de los despreciadores del cuerpo su querer es morir ya que desprecian justamente aquello que les da vida, porque lo que el cuerpo quiere es crear por encima de sí –en palabras de Oyarzún este querer crecer es un deber de vida, ampliar nuestro horizonte perceptivo ya que sólo soy aquello que puedo ver.(23)

Lo que el cuerpo quiere es crecer por encima de sí –el cuerpo se crea a sí mismo y al mundo que lo rodea por lo que al querer crecer espera de sí algo más de lo que ya es, sin escapar de sí, sin querer ser otro, sino él mismo.

## Mudanzas del Tiempo

La evidencia de la muerte nos enrostra nuestra naturaleza perecedera. Sin embargo nuestra vida se equilibra en el olvido de nuestra mortalidad.

En momentos privilegiados, dirá Oyarzún, somos concientes de nuestra fugacidad y desde entonces, para siempre, se alza en nuestras entrañas un *impulso devorador*, porque junto con nosotros, arrastramos en nuestra ruina al mundo que nos rodea; siendo él consecuencia de nuestros sentidos, esto es, el mundo no es lo que veo, sino que el mundo es precisamente *porque* lo veo y cuando ya mis ojos no vean más y mi cuerpo no sienta, este mundo, aquel que viví dejará de existir a la par conmigo.

Con mi muerte muere aquello que me conforma, esto es mi cuerpo; “no quiero dejar de ser lo que soy”: distinguiéndose de Nietzsche, Oyarzún cree en el alma inmortal y eterna del hombre, sin embargo ve al hombre como cuerpo y alma, conjunta e inseparablemente; y si bien, luego de la muerte el alma persiste, yo, el que ahora soy deja de existir, pues mi cuerpo, el que me relaciona y por sobre todo crea el mundo que me rodea, el que ve y vive, muere y junto con él, todo lo amado. Pues el alma por sí sola es incapaz de sentir y experimentar el mundo, solo el cuerpo es el nexo con él y no podríamos afirmar que el recuerdo resguarde su presencia.

Oyarzún se ve inundado por el imperativo de amar, de desbordarse en otro; por esto luego de la conciencia de nuestra fugacidad, le corroe la angustia de saberse perecedero y junto a él la inexorable muerte del mundo que le rodea. El querría “Volver al tiempo, a sus aguas que mueren, a su perpetua destrucción y quehacer”(24). Es el cuerpo quien le otorga la existencia al mundo, ya que el mundo es en tanto lo veo y cuando mi cuerpo muera, todo

lo que me circunda perecerá conmigo; y yo, el que soy en vida morirá, pues yo soy en tanto que veo o soy capaz de ver.

El cuerpo crea la naturaleza y sostiene su existencia y junto con ella se sostiene a sí mismo, viéndose como el contemplador dador de ser; la necesidad de mi carne es la de persistir siendo aquello que soy, viviendo en el mundo que es mi creación.

## Notas

- (1) Luis Oyarzún, pieza 452, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.
- (2) Luis Oyarzún, *Ver*, Editorial Cruz del Sur, pág. 19.
- (3) Opus cit, Pág. 22.
- (4) Luis Oyarzún, *Mudanzas de tiempo*, Luis Rivano Editor, pág. 6.
- (5) Luis Oyarzún, *Sobre Libertad y Contemplación*, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional, pág. 2.
- (6) Luis Oyarzún, *Diario Intimo*, pág. 319.
- (7) Jorge Millas, prólogo a *Defensa de la Tierra*, pág. XI.
- (8) Opus cit, pág. X-XI.
- (9) Opus cit, pág XII-XIII.
- (10) Luis Oyarzún, *Arte e imagen del mundo según Leonardo*, editorial Universitaria, pág. 16.
- (11) Luis Oyarzún, *Gabriela Mistral y el Espíritu de América*, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.
- (12) Ver prólogo a '*Estética y Teoría de las Artes*', por Agustín Izquierdo, ed. Tecnos, 2001, Pág.13.
- (13) (4)Agosto-septiembre de 1885, 40 (53)
- (14) M. Heidegger, *Nietzsche*, I, Pág. 71.
- (15) Junio-julio de 1885.
- (16) Ver nota (5).
- (17) Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Alianza Editorial, 2002, Pág.64.



- (18) Opus cit, Pág. 100.
- (19) Opus cit, Pág. 64.
- (20) Opus cit, Pág. 65.
- (21) Opus cit, Pág. 65.
- (22) Opus cit, Pág. 65.
- (23) Para ver más a fondo este asunto consulte los textos “*Mudanzas del Tiempo*”, “*Arte e imagen de mundo en Leonardo*”, ambos de Luis Oyarzún. En ellos se refiere, respectivamente, primero al tema del cuerpo y segundo al deber de ampliar nuestros horizontes perceptivos.
- (24) Luis Oyarzún, *Mudanzas del Tiempo*, Pág. 6.

## Bibliografía

- Friedrich Nietzsche, *Nacimiento de la tragedia*. Alianza Editorial, 2000.
- Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Alianza Editorial, 2000.
- Friedrich Nietzsche, *Estética y teoría de las Artes*, prólogo, selección y traducción por Agustín Izquierdo, Editorial Tecnos, 2001.
- Luis Oyarzún, *Diario Intimo*, Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile.
- Luis Oyarzún, *Ver*, Editorial Cruz del Sur
- Luis Oyarzún, *Meditaciones Estéticas (Ensayos)*, Editorial Universitaria, 1981.
- Luis Oyarzún, *Sobre Libertad y Contemplación*, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.
- Luis Oyarzún, *Arte e imagen del Mundo en Leonardo*, Editorial Universitaria, 1964.
- Luis Oyarzún, *Mudanzas del Tiempo*, Luis Rivano Editor, 1962.
- Jorge Millas, prólogo a *Defensa de la Tierra* por Luis Oyarzún, Editorial Universitaria, 1973.

## **Bibliografía Complementaria**

- Eugen Fink, “*La filosofía de Nietzsche*”, primer apartado “*La Metafísica de artista*”, editorial Alianza, Madrid, 2000.
- Diccionario Latino-Español Vox, vigésima edición, 1995.
- Diccionario Etimológico, vol.2, Corominas-Pascual, 1989